

Safo según Elytis: Visita a la antigua Lesbos

Por Pablo Ingberg

Odysseas Elytis, uno de los grandes poetas griegos contemporáneos, nacido en 1911 y fallecido en 1995, decidió, poco después de haber obtenido el premio Nobel en 1979, emprender la tarea de recapturar en griego moderno la poesía de su antigua compatriota Safo. El resultado fue *Safo, Reelaboración y versión de Odysseas Elytis*, libro publicado por la editorial ateniense Íkaros en 1985 y jamás traducido al castellano. Las dificultades que entrañaría traerlo a nuestra lengua son varias, y la primera de ellas, que compete también a la tarea que llevó a cabo Elytis, es la mismísima autora en cuestión.

¿Quién fue, qué es Safo? Dos famas aureolan su difusa figura. La primera, literaria, fue condición para que surgiera la otra, más extendida, vinculada con sus probables hábitos sexuales. Fue ésta la que derivó en que su gentilicio de origen, *lesbiana*, adquiriera otro significado, y la que da pie a neologismos como *sáfico* o *lésbica*. De allí que a menudo se aluda a ella sin saber que se lo hace, sin saber incluso que ella existió, o quién era.

Sobre esto último, en todo caso, no hay quien sepa demasiado a ciencia cierta. En su época no existían partidas de nacimiento y defunción, tesis de doctorado en letras, reportajes en revistas u otras fuentes adonde ir por datos. La biografía suya más antigua de que se tenga noticia fue obra de un tal Cameleonte, discípulo de Aristóteles, cuando ya habían transcurrido casi tres siglos desde la muerte de ella. Pero lo único que se sabe de esa biografía es que la menciona Ateneo seis siglos más tarde. Safo fue, desde antiguo, más bien un personaje mítico inspirador de leyendas y, en los mejores casos, de poesía.

Nada de eso habría sido posible de no haber algo inexplicablemente grande en lo que escribió. Como afirma Elytis en el prólogo a su libro, ella y Arquíloco, en tiempos en que poesía era sinónimo de epopeya, trasladaron el campo de batalla a la intimidad, fundando el heroísmo (o antiheroísmo, o no-heroísmo) de la lírica. Nada mejor para ejemplificar esa mudanza que el fragmento 16 LP (Lobel y Page, editores), donde Safo confronta la belleza de los ejércitos con la de lo amado.

Lo que pueda decirse sobre su vida está teñido por la leyenda. Lo más seguro es que haya vivido entre la segunda parte del siglo VII y la primera del siglo VI a.C., en Lesbos, isla griega frente a las costas de la actual Turquía, aunque es probable que se haya exiliado unos años en Sicilia por guerras civiles en su propia tierra. ¿Tuvo hermanos? Tres, dice un fragmento de papiro de fecha incierta. De uno de ellos cuenta una anécdota graciosa Heródoto. A otro, cuenta Ateneo que Safo lo mencionaba con orgullo en unos versos no conservados. ¿Tuvo una hija? Hay, dicen, huellas de amor maternal en dos o tres fragmentos. Un testimonio muy tardío (la *Suda*, léxico bizantino del siglo XI d.C.) le atribuye incluso marido. De otro fragmento, atribuido sin mucha certeza a su compatriota Alceo (“Sagrada Safo de dulce sonrisa y trenzas de violeta”), quizá provengan posteriores afirmaciones de que ella era morena.

Las leyendas antiguas recibieron contribuciones modernas: Safo incluye varios nombres de mujeres en sus versos, con expresiones de afecto o lo contrario; algunas de esas mujeres resultan ser, se nos dice, sus amantes (leyenda ya antigua), o bien (o también) sus discípulas en una suerte de “pensionado de señoritas”; sí, en un par de poemas suyos conservados, Afrodita cumple un papel central, hay quien deduce de eso que Safo fue sacerdotisa de la diosa del amor.

Difícilmente pueda probarse qué de todo eso es cierto y qué leyenda. Lo que queda es su poesía, pero ¿cuánto? Cerca de doscientos fragmentos, algunos de una o unas pocas palabras. Citas hechas por otros autores, más unos cuantos papiros, en estado bastante precario, hallados a fines del siglo XIX en las arenas de Oxirrinco, Egipto. Se supone perdido el noventa por ciento de su obra. ¿Algún tipo de

censura interrumpió la transmisión de sus textos? Sin embargo, prácticamente no hay casi ningún otro lírico arcaico griego de quien se conserve muchísimo más.

Aquel puñado de versos, más la admiración y los homenajes o imitaciones que le tributaron poetas y prosistas grecolatinos, sostuvieron su fama literaria a través de los siglos. ¿Qué decir de su otra fama? ¿En qué se funda? Principalmente, en aquellos versos suyos en los que se refiere a alguna otra mujer en términos, por así decirlo, amorosos. Un amor cuyos alcances prácticos no son claros, expresado con naturalidad, sin aspavientos ni el más mínimo viso de escándalo, con extraordinaria delicadeza artística. Nada más alejado del espíritu de esos versos que lo que Ovidio le hace decir a Safo en la Heroida XV: “a las que amé no sin delito”. En cualquier caso, sus hábitos privados, cualesquiera hayan sido, no agregan ni quitan nada a la calidad de su arte. Y es su arte lo que importa, lo que ha atravesado los siglos.

Tal es la actitud con que la visita Elytis, su compatriota en el terruño y en la poesía. Él nació en Creta, pero como su familia era oriunda de Lesbos, pasó allí largas temporadas. El hecho de haber habitado en el mismo lugar que ella, contemplado los mismos paisajes, escrito versos en los que de uno u otro modo resuenan tales vivencias de la naturaleza, da pie al poeta para imaginar, en su prólogo, un parentesco a través del tiempo con su colega ancestral, en el eterno presente del arte perdurable, y componer un retrato entrañable y poético. Es verdad que allí se hace eco de ciertas leyendas relativas a la vida de Safo; pero en ese retrato no hay afirmación sino imaginación, y su fantasía de un “salón literario”, lugar de reunión y encuentro, resulta mucho menos desagradable que la del “pensionado de señoritas” (que él, de todas maneras, toma en parte).

Tanto allí como en la reelaboración de los fragmentos de su colega, el trabajo de Elytis no es, ni se propone ser, filológico sino poético. Es así que, sobre el final del prólogo, atribuye a Safo un “epigrama” en el que hay mucho de construcción (y omisión) del propio Elytis. Y que, como punto de partida de su versión del fragmento 16 LP, toma el texto de Safo precisamente de la respetada edición de Lobel y Page, hasta que éstos dejan mayormente en blanco las zonas que en el papiro están borradas o ilegibles, y de allí en más sigue la fantasiosa edición de Reinach y Puech, repleta de conjeturas muy poco creíbles. Obsérvese, en la traducción de ese fragmento que se acompaña, la cantidad de palabras conjeturales, encerradas entre barras. Particularmente difícil de aceptar como de Safo es la afirmación sobre la ligereza de la mujer. Es de suponer que, simplemente, Elytis quiso dar la versión más completa posible del poema, más allá de la rigurosidad filológica.

Al margen de estas observaciones, la tarea que él ha emprendido no es poca cosa, y el resultado tampoco lo es. A un griego de hoy, el antiguo dialecto eólico de Safo le suena con parecida cercanía y distancia, con una sensación de pertenencia y extrañeza similar a la que, por ejemplo, produce ahora el latín de Catulo a un hablante castellano. Elytis no se propone traducir sino, según él mismo dice, “reelaborar”, dar nueva vida poética, en lengua actual, a los fragmentos conservados de Safo. No es, en ese trabajo, ni filólogo ni traductor, sino poeta.

La traducción al castellano de los fragmentos de Safo y de las versiones modernas de Elytis no puede hacer del todo evidente el pasaje entre dos lenguas que son una en el nombre pero están separadas por veintiséis siglos de transformaciones. Con todo, acaso permita traslucir, en cierta medida, algo del cambio hacia una fluidez más cercana a nuestros hábitos de lectura. En cuanto a la forma de presentación, Elytis quiso reproducir, tanto en el texto de Safo que adopta como en sus propias versiones, algunas de las dificultades que imponen hoy muchos manuscritos antiguos: encolumnados, sin separación de versos, sin diferenciación entre mayúsculas y minúsculas, con escasos signos de puntuación. Por eso he retocado y adaptado mi traducción¹ de los correspondientes fragmentos de Safo a la forma que les da él (y también al texto que él adopta). Ojalá, en este pasaje de pasajes, haya quedado algo del abrazo entre dos grandes poetas a través del tiempo.

¹Safo, *Poesía lírica de la antigua Lesbos*, Santiago de Chile, RIL, 1997, y Safo, *Antología*, Barcelona, Losada (en prensa [2003]).

Safo
(traducción de P. Ingberg)

Fragmento 16 LP²

Algunos un ejército a caballo otros de
infantes y otros de naves dicen que sobre
la tierra negra es lo más bello en cambio
yo aquello que se ama; ⊗

y es muy fácil
[hacerles] comprensible a todos esto pues
quien mucho destacábase en belleza entre
todos los humanos Helena a su hombre el
[mejor] ⊗

dejando marchó a Troya en
una nave y de su hija y de sus padres ni
siquiera se acordó en lo más [mínimo] sino
que la llevó [a enamorarse y marchar lejos]
⊗

[Cipris; fácil de] curvar en efecto
[resulta siempre la mujer al pensar] con
ligereza [en lo que está presente; y nadie]
ahora recuerd[a] a Anactoria [porque no]
está presente; ⊗

[de ella] quisiera ver el
paso amable y el brillo luminoso de su
rostro más que los carros lidios o
[guerreros] con sus armaduras. ⊗

[bien sé]
que no es posible [para un] humano [lo
óptimo]; en cambio que desee recibir ⊗

de
lo inesperado.

Versión de Elytis
(trad. de Nina Anghelidis y P. Ingberg)

Fragmento 16 LP

Los de a caballo hallan algunos y otros
que los infantes y otros que los marinos
son la cosa más linda que hay en nuestra
oscura tierra; por el contrario yo: aquello
que más quiera cada uno ⊗ es fácil que
alguien pueda sentir eso; el ejemplo es
Helena; quien de hermosura
incomparable entre todos los humanos
de pronto abandonó a su preciado
marido ⊗ y se embarcó hacia Troya sin
jamás preocuparse ni de su hija ni
tampoco de sus padres; sino que
locamente enamorada por completo fue
atrapada por Cipris ⊗ ¡ah cómo ante
algo ínfimo cede siempre la mujer! ¡cómo
se entrapa en lo que le carcome la
mente la insensata y no puede ver más
lejos! acaso de Anactoria que se nos fue
tan lejos digo ahora ¿hay alguien que se
acuerde? el soberbio andar suyo y su
rostro que echa luz alrededor preferiría
mil veces poder ver antes que todos los
carros de los lidios y los infantes con sus
hierros en combate ⊗ y sin embargo sé
que no es posible para nadie esperar
alguna vez la felicidad completa; un
pequeño fragmento hay que aguardar
únicamente; ⊗ allí donde no se
preveía...

² El texto adoptado por Elytis sigue la edición de Lobel y Page hasta “la llevó” (o “la condujo” o “sedujo”) y de allí en más la de Reinach y Puech, sin aclaración de que faltan 9 vv. entre “desee recibir” y “de lo inesperado”. Las palabras entre corchetes traducen conjeturas de filólogos para completar lagunas en el manuscrito.

Fragmento 31 LP

me parece que aquel es igual a los dioses el hombre que enfrente de ti se halla sentado y cerca mientras hablas dulcemente te escucha ⊗

y también mientras ríes deseable lo cual me hizo saltar el corazón dentro del pecho; pues si hacia ti miro un instante ya hablar no me es posible ⊗

al contrario en silencio mi lengua está hecha trizas y enseguida un suave fuego ha penetrado por debajo de mi piel y con mis ojos nada veo y me zumban los oídos ⊗ me baja un sudor frío y un temblor se apodera de mí toda y más verde que la hierba estoy y casi que preciso morirme me parece ⊗

pero hay que soportar todo puesto que al pobre...³

Fragmento 31 LP

un dios me parece a mí de veras aquel hombre que está sentado frente a ti y de cerca disfruta de toda la dulzura de tu voz ⊗ y de tu risa ay que seduce y me derrite en el pecho el corazón te lo juro; porque apenas empiezo a contemplarte siento que de repente se me corta el habla ⊗ en la boca la lengua se me seca; una fiebre secreta arde en mí poco a poco y no veo ni oigo nada ⊗ sino que los oídos me zumban y un helado sudor por mi cuerpo se derrama; tiemblo toda ay y me pongo igual de verde que la hierba y digo que en cualquier momento en un momento se me va a escapar el alma ⊗ y sin embargo a todo hay que atreverse; incluso abandonada...

³ No hay certeza de que el verso final pertenezca a este poema.